

El ideal apostólico de San Ignacio (*)

El P. Jerónimo Nadal, que fué, entre los primeros jesuítas, el más celoso escudriñador de los secretos de la vida de S. Ignacio, hablando de los orígenes de la Compañía de Jesús, tuvo dos expresiones, al parecer opuestas, pero que son altamente significativas para comprender el desarrollo histórico de la obra de S. Ignacio. Trata de la eximia ilustración que recibió el Santo en Manresa, y nos dice que en aquella ocasión vió todas las cosas como con un don arquitectónico de sabiduría: «quasi in spiritu quodam sapientiae architectonico»¹. En cambio, en sus Diálogos en defensa de la Compañía contra los protestantes, ve a Ignacio errar por diversos caminos, como incierto de su porvenir, y descubre en todo la mano de Dios que le guía: era llevado suavemente adonde él mismo ignoraba: «deducebatur quo nesciebat suaviter»². Por una parte parece que Ignacio ya desde Manresa se había formado como un plan arquitectónico de sus futuras actividades; por otro, que vaga por el mundo, sabiamente ignorante de su destino: «quasi sapienter imprudens»³.

La oposición es más aparente que real. Sin entrar aquí en la discusión del tan debatido problema sobre lo que Ignacio vió y no vió en Manresa, lo que parece cierto es que Dios le comunicó ya en la eximia ilustración las líneas generales de su futura obra, pero no quiso revelarle todos los pasos por los que, en línea sinuosa, pero ininterrumpida y sin discontinuidades, había de llevarla a cumplimiento. Así se explica que, aun después de Manresa, mantenga firme su ideal jerosolimitano con ansias misionales y que, frustrado este plan, acariciado ya en Loyola, siga deliberando durante el viaje de vuelta, sobre lo que habrá de hacer: «quid agendum»⁴. Esta pregunta se mantendrá más o menos claramente formulada en lo sucesivo, hasta que aparecerá bien claro el fin que Dios le tenía señalado:

* Conferencia pronunciada en el Atenco Mercantil de Zaragoza el 26 de enero de 1956.

¹ *Scholia in Constitutiones et declarationes Societatis Iesu* (Prati in Etruria) p. 135.

² MHSI en FN = *Fontes Narrativi* II, 252.

³ *Ibid.*

⁴ *Autobiografía*, n.º 50, FN I, 430.

la fundación de una nueva orden. Es la oscura claridad de los dones místicos; es también la economía de la Providencia divina que obra y deja obrar, ilumina con luz superior a sus escogidos, pero los deja después como a sí mismos, sometidos a las más variadas experiencias y a forzosos tanteos.

Esto que tiene lugar en Ignacio respecto al desarrollo de su gran misión en el mundo, tiene también su aplicación por lo que se refiere al ideal concreto de su apostolado. S. Ignaciu fué un santo a quien animó una sola idea: servir a Dios por la salvación de las almas. ¿Cuáles fueron los pasos por los que se fué concretando y matizando este ideal apostólico?

En el verano de 1521 Iñigo de Loyola yace en su lecho de convaleciente. A falta de libros de caballerías con los que entretener sus largos ocios, su cuñada doña Magdalena de Araoz le ofrece las vidas de Cristo y de los Santos. Recibidos fríamente al principio, Iñigo se enfrasca poco a poco en su lectura, y la gracia realiza paulatinamente su obra. En su interior se desarrolla una tremenda lucha entre dos espíritus encontrados. Iñigo logra discernir el bueno del malo, oye la voz de Dios y se convierte. En cualquier género de vida que hubiese abrazado, hubiese aspirado siempre a grandes cosas, porque, como nos dice el P. Polanco, su fiel secretario: «en general, en lo que se ponía y aplicaba, se mostraba siempre para mucho; y aunque por la ignorancia de las cosas de Dios y la mala costumbre, empleaba mal a las veces la habilidad y dones naturales, todavía se veía en él subyector a quien había Dios hecho para grandes cosas»⁵. Estas grandes cosas a las que por entonces aspiraba eran la imitación de las hazañas que había visto realizadas por los santos: ser otro Santo Domingo, otro San Francisco. Lo que en ellos más admira son los hechos exteriores de pobreza y penitencia. Por eso él se decide a dejar cuanto posee, a renunciar aun a la casa paterna, y «entrar en la vía de la penitencia»⁶. Reconociéndose pecador, ve que ante todo es preciso destruir lo malo que hay en él, «pareciéndole —como nos dirá Polanco— que la perfección se había de medir por la aspereza exterior, de manera que aquél que más austera penitencia hiciese, le parecía que sería delante de Dios nuestro Señor más santo; y esto le hacía tomar propósitos de hacer una vida muy áspera»⁷. Junto con este propósito se le presenta el de emprender una peregrinación a Jerusalén, con el mismo espíritu que había animado a los grandes convertidos medievales. Lo que hará después no lo ve claro; sólo pasa por su mente la idea de la cartuja.

⁵ *Sumario*, FN I, 156. Más adelante nota Polanco, al hablar de la lucha interior de Iñigo: «y en la una y en la otra vía siempre se inclinaba a cosas grandes», *ibid.*, p. 157.

⁶ LAÍNEZ, Carta al P. Polanco, FN I, 74.

⁷ *Sumario*, FN I, 158.

Cuando Iñigo se despidió de su hermano, el señor de Loyola, no piensa más que en transformar su vida y emplearla en el servicio de Dios, idea que procede ya de Loyola. Todo su pensamiento se concentra en sí mismo, sin el menor atisbo de un ideal apostólico. En el camino, viendo que el lazo principal de sus caídas había sido su propio cuerpo, hace voto de castidad, consagrándolo a Nuestra Señora, y Ella le concede un maravilloso don de esta virtud. Así llega a Montserrat, lava su conciencia con una confesión de tres días y, nuevo soldado de Cristo, vela ante la imagen de la Virgen las armas de su nueva milicia.

De Montserrat pasa a Manresa con el propósito de quedarse solamente «algunos días»; pero por circunstancias que no es del caso examinar, aquellos días se convierten en once meses.

Cuando Ignacio llegó a Manresa ignoraba totalmente lo que Dios iba a obrar en su alma. Él se dedica a sus humildes ejercicios de oración y penitencia «no entendiéndolo casi nada, ni menos gustando las cosas interiores»⁸. Así pasa los primeros cuatro meses. Pero después, a un período de grandes luchas interiores y aun tentaciones de suicidio, sucede otro en que la gracia irrumpe en su alma con los más elevados dones místicos, y le guía en la composición de los ejercicios. Divinas ilustraciones y ejercicios tienen una decisiva importancia en el desarrollo de la idea apostólica de S. Ignacio.

En su soledad de Manresa practica los ejercicios, sin tener otro maestro más que a Dios. En ellos ve su fin, ya entrevisto en Loyola, que es el servicio divino, y se decide a actuarlo. Pero, a medida que progresa en los ejercicios, se da cuenta de que no es un ser aislado: siente que debe contribuir a extender el reino de Dios. Los demás hombres serán para él en adelante hermanos que necesitan la ayuda de alguien: son la heredad del padre, en la que pueden y deben germinar frutos de salvación. De aquí las expresiones que en adelante aparecerán constantemente en sus escritos: ayudar a las almas; hacer fruto en las almas. Pero, además, él ha sido y sigue siempre siendo soldado, y ve que una guerra terrible se desarrolla en torno a estas almas, movida por dos espíritus, el bueno y el malo, y quiere contribuir a esta guerra de almas. Precisamente su vocación apostólica y aun la misma idea que después tomará cuerpo en la Compañía de Jesús, arranca de los ejercicios del Reino de Cristo y de dos Banderas, en los que toda la terminología está tomada de la milicia⁹. No es que

⁸ Ibid. p. 159; cf. *Autobiografía*, n.º 20, FN I, 390.

⁹ Cf. DALMASES, *Las meditaciones del Reino de Cristo y de dos Banderas y la vocación a la Compañía de Jesús, según el P. Nadal*, en «*Manresa*», 20 (1948) 311-320. Véase también CALVERAS, *La ilustración del Cardener y el Instituto de la Compañía de Jesús, según el P. Nadal*: AHSI 25 (1956).

ya desde entonces él se reconozca como destinado a ponerse al frente de un cuerpo de ejército. Lo que vió fué que la suya era una vocación apostólica con un fin particular. Después sí, cuando se verá llamado a la fundación de la Compañía, reconocerá, en las luces recibidas en los ejercicios, que allí se encerraba la semilla de una nueva Orden. Más adelante, el P. Nadal verá en los ejercicios del Reino de Cristo y de dos Banderas el origen mismo de la Compañía, o según sus términos «nuestro Instituto puesto en práctica»¹⁰. El mismo Nadal nos dice: «Aquí —se entiende en Manresa— le comunicó nuestro Señor los ejercicios, guiándole desta manera para que todo se emplease en el servicio suyo y salud de las almas, lo cual le mostró con devoción, especialmente en dos ejercicios, scilicet, del Rey y de las Banderas. Aquí entendió su fin y aquello a que todo se debía aplicar y tener por escopo en todas sus obras, que es el que tiene ahora la Compañía»¹¹.

San Ignacio practica primero los ejercicios, y después se decide a escribirlos porque, como con frase gráfica nos dice Polanco, «como mucho labraron en su misma ánima, así él deseaba con ellos ayudar a otras personas»¹². Al escribir los ejercicios, realizó su más transcendental acto de apostolado.

De aquí que le veamos ya desde los días de Manresa dando los ejercicios, como nos dice Polanco, añadiendo que «prendieron mucho en este pueblo los ejercicios y conversaciones»¹³, y lo mismo seguirá haciendo a su vuelta de Jerusalén, en Barcelona, Alcalá y París. Serán ellos su principal arma a la que unirá, como natural complemento, el apostolado de la conversación, en el que fué maestro consumado ya desde los días de Manresa, y la enseñanza de la doctrina cristiana. Solamente varían las personas a las que Ignacio se dirige. En Barcelona y Alcalá serán preferentemente mujeres y gente devota, más al alcance de su celo; en París pretenderá con ellos la reforma de vida en medio de los estudiantes universitarios, con el doble fin de promover en ellos un mejoramiento en las costumbres, y de reunir seguidores de su modo de vida. Después se dirigirá con sus ejercicios a toda clase de personas, con preferencia a las más elevadas e influyentes.

No olvidemos que los ejercicios no son un tratado teórico de vida espiritual, elaborado en largas horas de estudio; son un método práctico para elevar las almas al conocimiento y al amor de su destino supremo. No están hechos para ser leídos, sino para ser vividos.

¹⁰ Ibid. p. 312.

¹¹ FN I, 307.

¹² *Sumario*, n. 24, FN I, 163.

¹³ Ibid. n. 26, p. 164.

Además de los ejercicios, sobrevienen en este último período de Manresa, invadiéndolo todo con fulgores místicos, las ilustraciones divinas. Eran el toque de la gracia que quería apoderarse de aquel hombre, para hacer de él un nuevo soldado de Cristo, un hombre nuevo con una nueva inteligencia. El mismo se dará cuenta de ello, con gran sorpresa suya: «¿qué nueva vida es esta que agora comenzamos?»¹⁴. No puede menos de sorprendernos la largueza con que Dios favoreció a este hombre sin letras, regalándole tan a los principios de su conversión con extraordinarias ilustraciones sobre la Trinidad, la creación del mundo, y con internas visiones de la humanidad de Jesucristo. Pero, por encima de todas tuvo una ilustración que, desde Nadal, solemos llamar «eximia», de tanta transcendencia que después de ella quedó totalmente transformado, hasta tal punto que «le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto que tenía antes»¹⁵. El mismo no sabía declarar todo lo que vió si no era diciendo que «había recibido una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola»¹⁶.

Desde entonces ve todas las cosas de manera diferente. Su inteligencia es como nuevamente creada y sobreelevada místicamente. En breves instantes aprende más de Dios que en todos los largos años de sus estudios. Pero, notémoslo bien, aquella ilustración no se dirige sólo al individuo Ignacio, sino que trasciende a la misión que la Providencia le tenía preparada, y aun a su futura Compañía. Más adelante, cuando le preguntarán sus íntimos el por qué de algunas cosas dispuestas por él en la nueva Orden, responderá, aunque de manera velada, aludiendo a «un cierto negocio que pasó por mí en Manresa»¹⁷.

Mucho se ha discutido sobre la influencia de la eximia ilustración en orden a la prenoción de la futura Compañía; una cosa es cierta, que, por lo menos desde aquel momento, Ignacio ve en líneas generales todo el programa que habrá de desarrollar en lo sucesivo: el apostolado en humildad y pobreza.

Pero, ni los ejercicios, ni las mismas ilustraciones de Manresa tuercen el rumbo externo de los acontecimientos. Apenas las circunstancias se lo consienten, Ignacio realiza su peregrinación a Jerusalén, con ánimo de quedarse de una manera estable en la tierra de Jesús. «El mundo y todos los enemigos» que él quiere conquistar son los

¹⁴ *Autobiografía*, n.º 21, FN I, 392.

¹⁵ *Ibid.* n.º 30, p. 404-406.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Memorial del P. Luis González de Cámara*, n.º 137, FN I, 610.

infiel mahometanos; aspiración suprema, el martirio. Pero, interviene el Guardián de los Franciscanos, encargados de la custodia de la Tierra Santa, y no le permite permanecer por más tiempo, amenazándole con la excomunión, si desobedece. Ignacio no tiene otro remedio que reemprender el viaje de regreso.

Tras las dudas que insinuamos al principio, se decide a estudiar. Fin de sus estudios: «para poder ayudar a las ánimas»¹⁸. Se dirige a Barcelona, y allí emprende a sus treinta años de edad el estudio de los rudimentos de la gramática. Ve que para sus trabajos apostólicos necesita de las ciencias sagradas, él, tan agraciado con dones sobrenaturales. Y se sienta con los niños en el Estudio General de Barcelona. Yo veo en esta decisión de estudiar el comienzo de la vocación sacerdotal de S. Ignacio. El no nos dice cuándo empezó a sentir los deseos de ordenarse sacerdote, pero es claro que sus estudios desde Barcelona hasta París y Venecia iban destinados a la formación del futuro sacerdote. La ordenación sagrada que recibirá en Venecia, junto con sus compañeros, el 24 de junio de 1537, aparece así como el término natural de sus trece años de estudios.

Pero el fuego interior de su celo hierve en su alma, y no le permite concentrar toda su atención en el estudio. En Barcelona hace todo el bien que puede a las personas que le rodean. Ve que un monasterio de religiosas está relajado y procura reformarlo, aun cuando su audacia apostólica haya de costarle un brutal atropello. Según antiguas relaciones, resucita a un ahorcado por el tiempo suficiente para que éste se arrepienta de su pecado. Pero su método más frecuente es aquí, lo mismo que en Manresa, el de las conversaciones y ejercicios, con los que se cautivará, de una manera perenne, el afecto de los barceloneses, al paso que él mismo se sentirá ligado con vínculos de especial afecto a la ciudad condal.

En Barcelona siente el deseo, del que no encontramos indicios anteriores, de reunir compañeros de su ideal, y congrega a su lado aquel reducido grupo de iñiguistas que le serán fieles hasta su partida a París, y por los que seguirá sintiendo interés, con ánimo de recobrarlos. Con ello la santidad individual cede el paso a una constante aspiración societaria. El primer intento se frustró, como también el segundo, realizado a los principios de la estancia en París; se logrará, en cambio, el tercero, que tendrá como fruto la conquista de hombres de la talla de un Fabro, de un Láinez, de un Javier.

La segunda etapa de sus estudios se desarrolla en Alcalá de Henares. Allí, con evidente falta de método, junta el estudio de las Súmulas de Domingo de Soto y la Física de Alberto con la Teología, y el resultado es que los adelantos son casi nulos. Pero más que por

¹⁸ *Autobiografía*, n.º 50, FN I, 430.

falta de método y de aplicación al estudio, Ignacio no progresa porque se dedica con exceso al trabajo con los prójimos. «Estando en Alcalá se ejercitaba en dar ejercicios espirituales y en declarar la doctrina cristiana; y con esto se hacía fruto a gloria de Dios»¹⁹. Lo que no progresó tanto fueron los estudios de Ignacio, sobre todo porque no tardó mucho en verse envuelto en dificultades con la Inquisición. Nunca se le pudo encontrar error en la doctrina, ni falta en las costumbres; pero no olvidemos que estamos en los tiempos del iluminismo, y por ello se explica que las autoridades eclesiásticas interviniesen severamente y mirasen con prevención aquel insólito movimiento de las almas, impulsado por un peregrino forastero que vestía de un modo extraño y hablaba de virtudes y vicios sin haber estudiado.

Pero Iñigo no cede. No acaba de comprender cómo, no hallándose falta ninguna en su doctrina, no se le permite predicarla. Y como no se resigna a dejar aquella forma de apostolado, se traslada de ciudad en ciudad.

Su apostolado no puede ser más humilde. El no predica, sino que habla familiarmente de las cosas de Dios «como después de comer con algunas personas que nos llaman»²⁰. Pero, lo que más interesa a los frailes que le interrogan en Salamanca es el contenido de sus conversaciones, a lo que Ignacio responde: «Hablamos cuándo de una virtud, cuándo de otra, y esto alabando; cuándo de un vicio, cuándo de otro, y reprehendiendo»²¹. Con aquel realismo que distingue al autor de los ejercicios, lo que tiene sobre todo en el corazón es combatir el pecado. De aquí que el tema preferente de sus conversaciones sea la distinción entre pecado mortal y pecado venial. Y aquí es donde principalmente encuentran dificultad los examinadores.

Apartar a los hombres del pecado será siempre su preocupación constante, la que en Alcalá y Salamanca le hará arrostrar cárceles y cadenas, la que en París le moverá a lanzarse en un estanque helado, solamente para disuadir a un pecador la caída en una ocasión; la que le moverá en Roma, sin temor de rebajarse, a acompañar por las calles a las mujeres arrepentidas o a las infelices en peligro. Fruto todo ello de aquel conocimiento interno y aborrecimiento del pecado, en el que se condensa el fruto de la primera semana de los ejercicios.

Pero aquella constancia en el ejercicio del celo había de tener un límite, y el mismo Ignacio se persuadió bien pronto de que el camino empezado no era el más conforme con la prudencia. ¿De qué le servía hacer un bien, tal vez pasajero, a un número forzosamente reducido de oyentes, si él entretanto descuidaba los estudios? Por eso decide ir a París, no sólo para no hallar trabas ni cortapisas, ni movi-

¹⁹ *Autobiografía*, n.º 57, FN I, 440.

²⁰ *Ibid.* n. 65, p. 454.

²¹ *Ibid.*

do precisamente por el renombre de aquella universidad, sino por el deseo de estudiar mejor, «no teniendo la lengua francesa para comunicarse al prójimo»²². De hecho en París se aplica intensamente a los estudios, empezando desde los principios, por el poco fundamento con que llevaba lo estudiado en España. Busca una solución para el problema económico, venciendo en esto sus ansias de pobreza. En el colegio de Santa Bárbara, tiene amistad con Fabro, y aun con este amigo y compañero de habitación corta las conversaciones espirituales en tiempo de estudio. Pero, no hay que pensar que Ignacio se encierre en sus libros. Tiene a su alrededor compañeros, jóvenes de valer venidos de diferentes países, algunos de España, atraídos por la fama de la universidad. Ignacio inicia entonces un apostolado nuevo, que es el apostolado en el ambiente universitario. Aquí también se vale del atractivo de su conversación y de la fuerza potente de los ejercicios. Aprovecha el ascendiente que tiene con sus compañeros para llevarles a un retiro del que sabe de antemano que se han de seguir frutos de santidad, y así «luego como vino a París, comenzó a conversar, dando los ejercicios»²³. Jóvenes de grandes esperanzas, Peralta, Castro y Amador de Elduayen los hacen, y cambian radicalmente de vida: venden sus bienes, y aun sus mismos libros, cambian la vida cómoda del colegio por la del hospital, y empiezan a pedir limosna de puerta en puerta. El alboroto que se levanta en la Universidad es extraordinario; tienen que intervenir hombres armados para que aquellos convertidos vuelvan a sus colegios. A Ignacio mismo le amenaza el peligro de un severo castigo, apenas entra en el colegio de Santa Bárbara, al que pertenece Amador. Todo se arregla satisfactoriamente, y entonces Ignacio puede empezar tranquilamente el curso de las Artes. Allí le tocan como compañeros de habitación el saboyano Pedro Fabro y el navarro Francisco Javier, además del maestro de todos, Juan Peña. Ignacio pone en ellos sus ojos y termina por conquistar a sus dos condiscípulos, más fácilmente al primero, de carácter dócil y dado a la devoción; con más dificultad y después de mucho luchar, al segundo, que apuntaba a formarse un porvenir digno de la nobleza de su familia y de la magnitud de sus aspiraciones.

No todos aquellos a los que Ignacio se acerca se animan a seguirle; pero de entre tantos reúne aquel grupo de nueve compañeros que no se separarán ya en adelante de él y que serán con él los fundadores de la Compañía.

El plan de todos, hechos los ejercicios, es sencillamente seguir el modo de vivir de Iñigo. Su ideal de vida, ser de los que más se afectan en todo seguimiento de su supremo capitán, Rey eterno y Señor universal. Con estos deseos, Ignacio y sus primeros compañeros,

²² POLANCO, *Sumario*, n.º 45, FN I, 177.

²³ *Ibid.* n. 49, p. 179.

un día tranquilo de la Asunción de nuestra Señora de 1534, se dirigen silenciosos a la capilla de Montmartre para hacer aquel voto que tanta parte había de tener en el destino futuro de su vida, y en el que podemos ver la primera semilla de la futura Compañía de Jesús, la nueva Orden que habían de fundar seis años más tarde.

La substancia del voto es clara y precisa: «dedicarse al servicio de Dios en pobreza»²⁴ y emprender una peregrinación a Jerusalén. Este voto era fruto manifiesto de los ejercicios, que todos ellos habían practicado, excepto Javier, que, por sus ocupaciones, los hizo después. El Cristo pobre del Rey temporal los impulsaba a seguirle en todo vituperio y en toda pobreza espiritual y también actual. El deseo de mejor conocer, amar e imitar a Jesucristo les induce a realizar el viaje a Jerusalén. Quieren vivir donde Cristo vivió, aun cuando para esto no hay uniformidad de pareceres. Algunos, y entre ellos hay que contar a Ignacio, pretenden quedarse de por vida en la Tierra Santa; otros prefieren volver a Europa, una vez terminada su peregrinación. Pero en aquel voto no debía quedar nada incierto. ¿Qué harían si aun después de obtenido el beneplácito pontificio las circunstancias externas les cerraban el camino de Jerusalén? Entonces, pasado un año, se pondrían a los pies del Sumo Pontífice, para que él dispusiese de ellos como creyese ser de mayor servicio de Dios. Es esta la primera vez que en los planes de Ignacio se presenta la figura del Papa, como orientador de su vida. En íntima relación con las reglas para sentir con la Iglesia, que Ignacio redactó, con toda probabilidad por aquel tiempo, ve Ignacio al Romano Pontífice como al representante de Cristo en la tierra. Si no pueden ser otros Cristos en la tierra de Cristo, lo serán allí donde el Vicario de Cristo les dirá que son más necesarios. Se origina con ello aquel sentido romano del apostolado de Ignacio, que después constituirá una de sus características más esenciales. Con este voto, aunque no todavía de una manera estable, Ignacio y sus compañeros quedan unidos entre sí con un vínculo estrecho, reforzado con la unión de caridad que reina entre ellos. No piensan todavía en formar una sociedad organizada, en la que uno rija a todos y a quien los demás presten obediencia. Ellos quieren movilidad, y no sentirse constreñidos por las ataduras de una regla. La obediencia, que después será la nota característica de la espiritualidad jesuítica, llegará más tarde. Por entonces no se piensa más que en la obediencia al Papa, como aquel que en nombre de Cristo les ha de señalar el campo de apostolado.

En 1535 Ignacio tiene que separarse de sus compañeros por motivos de salud, para arreglar los asuntos de sus compañeros españoles, para ver si logra reunir a los de la primera hora, y quién sabe

²⁴ LAÍNEZ, *Carta sobre San Ignacio*, FN I, 102, Polanco añade la palabra *perpetua*, *ibid.* p. 184.

si no pretende, también, al dirigirse a Azpeitia, reparar con el fervor de una vida santa los desórdenes de su juventud.

Mientras él permanece en España y después les espera en Venecia, los compañeros, según lo convenido, prosiguen sus estudios en París, y en los años 1535 y 1536, en el mismo día de la Asunción renuevan el voto de Montmartre. En su viaje a Italia, para reunirse con Ignacio, dan tales muestras de fervor apostólico que alguien que los ve prorrumpe en esta exclamación: «estos van a reformar algún país»²⁵, expresión gráfica de lo que efectivamente había de ser su apostolado. Se reparten por los hospitales de Venecia, en donde «servían a los enfermos con grande edificación», y en donde ejercían las obras de misericordia espirituales. Más adelante se dividen por las ciudades con Universidad —Roma, Sena, Ferrara, Bolonia, Padua (notemos este afán de trabajar en los ambientes universitarios, iniciado ya en París)—, con el intento claro y reconocido de «mover algunos estudiantes a su instituto»²⁶. Pasan los meses, se consigue el necesario permiso pontificio, pero la guerra entre venecianos y turcos hace que la peregrinación resulte imposible. Lo que muchos años antes no había sucedido, ni después volvió a suceder por mucho tiempo, aquel año precisamente no sale embarcación para Jerusalén. Era la providencia que guiaba a Ignacio «quo nesciebat suaviter».

Entretanto tiene lugar un hecho de la mayor importancia para el futuro desarrollo de los acontecimientos. Están los compañeros reunidos en Vicenza, y antes de dispersarse tratan entre sí cómo se llamarían a quienes les preguntasen quiénes eran y qué planes tenían. Después de hecha oración y de pensar qué nombre sería el más conveniente: «visto que no tenían cabeza ninguna entre sí, ni otro propósito sino a Jesucristo, a quien sólo deseaban servir, parecióles que tomasen nombre del que tenían por cabeza, diciéndose la Compañía de Jesús»²⁷. Aquella reunión de clérigos parisienses, como vulgarmente los llamaba la gente, ya tenía un nombre propio, y aquel nombre era todo un programa. En él se encerraba el proyecto de la nueva orden que poco a poco, por sus pasos contados, se iba preparando. De ahí que Ignacio nunca más en adelante quisiese otro nombre; y es que «en esto del nombre tuvo tantas visitaciones y tantas señales de su aprobación y confirmación deste apellido, que le oí decir al mismo —es Polanco el que habla— que pensaría ir contra Dios y ofenderle si dudase que este nombre convenía»²⁸.

Pasa el tiempo y no se presenta la oportunidad de realizar el proyectado viaje; ellos esperan todavía más tiempo del que les obliga

²⁵ LAÍNEZ, *ibid.* p. 108.

²⁶ POLANCO, *Sumario*, n. 73, FN I, 194.

²⁷ *Ibid.* n. 86, p. 203-204.

²⁸ *Ibid.*

el voto. Ignacio confía tal vez decir aún su primera Misa en Belén y quizá por este motivo, ciertamente para prepararse más dignamente, difiere la celebración de la primera Misa por espacio de un año y medio.

Pero la principal confirmación de este nombre la tiene Ignacio cuando, meses más tarde, y en virtud de lo acordado con sus compañeros, le corresponde a él, junto con Fabro y Laínez, la ida a Roma. No podía prever Ignacio las gracias que le esperaban en aquel viaje. Mientras Fabro y Laínez celebran misa todos días, Ignacio recibe de sus manos la comunión. Llegados a las cercanías de Roma, en el punto en el que la vía Cassia, procedente de Sena, se junta con la vía Flaminia, Ignacio se retira a orar en la capilla de un lugar llamado La Storta. Allí recibe la célebre aparición que para la vida mística del santo como para el desarrollo de la futura Compañía tiene una especial importancia. Se le presenta Jesucristo, cargado con la cruz, y junto a Él el Eterno Padre que, dirigiéndose a Jesús, le dice: «Yo quiero que tomes a este por servidor tuyo», e inmediatamente Jesús, vuelto a Ignacio, le dice: «Yo quiero que tú nos sirvas»²⁹. Desde entonces, la idea del servicio de Dios, punto fundamental y básico de los ejercicios, tiene su culminación definitiva, elevada como está al orden místico. Pero esta aparición tiene otro efecto. Ignacio se siente íntima e indisolublemente unido a la persona y a la humanidad sagrada de Jesucristo; siente una devoción extraordinaria a su sagrado nombre, y ya no quiere para la congregación que pronto será fundada otro distinto.

Junto con esta manifestación trinitaria, dirigida principalmente a Ignacio, la aparición de La Storta tiene una función social en orden a los compañeros que le siguen. El Padre imprime en el corazón de Ignacio estas palabras: «Ego ero vobis Romae propitius»³⁰. No veía él entonces el significado de estas palabras; por eso, vuelto a sus compañeros, les dice: «Yo no sé qué será de nosotros en Roma; tal vez seremos crucificados; pero una cosa tengo por cierto, y es que Dios nos será propicio».

Los efectos de la aparición de La Storta son transcendentales, y merecen ponerse en relación con la eximia ilustración de Manresa. Por lo que se refiere a Ignacio, ya sabemos que, como recordará al renovársele la experiencia mística³¹, el Padre le puso con su Hijo: expresión misteriosa que tal vez nunca llegaremos a explicarnos de una manera cumplida. Pero, como ya lo vieron los biógrafos contemporáneos, aquella aparición fijaba de una manera definitiva la futura orientación de Ignacio y de los suyos. Dios les iba a ser propicio

²⁹ FN II, 133.

³⁰ Ibid.

³¹ *Diario espiritual*: MHSI *Constitutiones*, I, 104.

en Roma. Ellos pensaban en Jerusalén, pero Dios les desvía hacia Roma; Roma será tu Jerusalén. El Vicario de Cristo será su guía, al que profesarán especial obediencia, no ya de una manera supletoria, como en el voto de Montmartre, sino definitiva. Se pondrán a las órdenes del Papa y harán voto especial de obediencia al mismo, en orden a sus destinos o misiones. Aquí tiene su origen la romanidad de la Compañía; de aquí la inquebrantable adhesión que ella profesa a la silla de Pedro, mantenida a través de cuatro siglos, a pesar de todas las contrariedades y persecuciones, debidas precisamente a su defensa leal e incondicional del papado. En adelante, el campo de su apostolado no tendrá más fronteras que las de la Iglesia visible. Pero la grande obra se ha de realizar teniendo a Cristo por capitán, y Cristo aparece en La Storta cargado con la cruz. La cruz será desde entonces para Ignacio el distintivo. Entra en Roma y poco después se levanta contra él la más ardua persecución de todas las sufridas, pero él, fortalecido con las experiencias de Alcalá, Salamanca y París, no tiene miedo a las persecuciones. Cuando después de la Pascua de 1538 los compañeros de Ignacio se concentran en Roma, todo se orienta rápidamente hacia la conclusión. Se reúnen para deliberar sobre su estado futuro: ¿qué harán, visto que se les cierran las puertas de Jerusalén? Ningún vínculo les sujeta para seguir juntos su plan de vida apostólica; en esto, los efectos del voto de Montmartre han terminado. El primer punto que se pone a deliberación es si vivirán juntos; «y difinióse la parte afirmativa: que antes se debía confirmar y establecer la unión que parece había Dios nuestro Señor hecho en personas de tan varias naciones, para que tuviesen más fuerzas en las cosas del servicio de Dios». Más trabajo costó el segundo punto. Ya que habían formado todos un cuerpo, «¿sería expediente hacer el tercer voto de obediencia a uno de ellos, para que mejor y con más mérito pudiesen cumplir la voluntad de Dios y del Vicario suyo?»³². Después de mucho orar y deliberar, se decidió la parte afirmativa. Con ello quedaba prácticamente decidida la formación de una nueva Orden; no faltaba más que la aprobación por parte del Sumo Pontífice. Como éste empezaba ya desde entonces a echar mano de ellos y les daba diversos destinos, Ignacio y los que quedaban en Roma recibieron el encargo de redactar una fórmula de su Instituto. El 3 de septiembre de 1539 el cardenal Gaspar Contarini la presentó al Papa, y éste, viéndola, dijo: «digitus Dei est hic». Con ello se verificaba la promesa de Jesucristo: El les era propicio en Roma. Después Polanco nos dirá que el Papa procedió «como con un espíritu profético, diciendo que esta congregación había de reformar la iglesia y otras

³² *Sumario*, n.º 88, FN I, 205. El texto de estas deliberaciones puede verse en *MHSI Constituciones*, I, 1-7.

cosas que demostraban gran esperanza que será Dios muy servido desta Compañía»³³.

La fórmula del Instituto, tal como fué presentada a Paulo III, empieza con estas solemnes palabras: «Todo aquel que querrá militar para Dios bajo la bandera de Jesucristo y servir a Dios solo y a su Vicario en la tierra, etc.» Lo primero, el nombre, que es ya en sí mismo un programa. El fin: militar debajo de la bandera de la cruz y servir a sólo Dios y al Vicario de Cristo en la tierra. Todas las experiencias de Ignacio y todos los ejercicios, desde Manresa a La Storta, se compendian en estas palabras. El servicio de Dios, propuesto en un principio como meta de una santidad individual, se convierte en una aspiración apostólica: servir a Dios en las almas; pero un servicio dinámico, que se convierte en milicia, porque pretende conquistar todo el mundo y todos los enemigos. La bandera de esta espiritual milicia es la bandera de la cruz, opuesta a la bandera de Lucifer; aquella cruz del Cristo de la tercera semana de los ejercicios, con la que Jesús se presenta al Ignacio viajero en La Storta. Todo ello a las órdenes del Vicario de Jesucristo. Campo de apostolado: el mundo entero de las almas y su progreso en la vida y doctrina cristiana, y la propagación de la fe por públicas predicaciones, por el ministerio de la palabra de Dios, por los ejercicios espirituales y las obras de caridad, en particular por la educación cristiana de los niños y gente ruda.

Esta fórmula se inserta en la bula de confirmación de la Compañía, que, superadas durante un año entero graves dificultades, da forma canónica a la nueva Orden. Cuando, redactada «exactius et distinctius», pasa a la segunda bula concedida en 1550 por Julio III, a la palabra propagación de la fe se añade la palabra «defensa» de la misma fe. Propagación en medio de los gentiles, defensa contra los herejes, fomento de la vida y perfección cristiana entre todos sin distinción.

Que en la primera redacción de la fórmula faltase el intento de defender la fe no carece de significación. Es frecuente entre quienes no tienen más que un conocimiento somero de Ignacio y de la Compañía pensar que el fin primario de la Compañía fué poner un dique a la herejía protestante. En realidad fué así, pero que éste fuese el intento fundamental de S. Ignacio no es exacto. Es verdad que él conoció la herejía protestante ya en París, y que todos, desde los contemporáneos, vieron la mano de la Providencia en el paralelismo entre las vidas de Ignacio y Lutero, pero no es menos cierto que cuando S. Ignacio se presentó a Paulo III no iba con este fin determinado. La Compañía fué eminentemente antiluterana, pero su objeto iba

³³ Sumario, n.º 89, FN I, 206.

mucho más allá: promover la verdadera reforma católica en todos sus aspectos, empezando por la subordinación a la autoridad jerárquica del Romano Pontífice. Las mismas persecuciones contra la Compañía por parte de los luteranos empezaron después de la muerte de S. Ignacio, y tenemos apologías de la Compañía dirigidas contra los novadores, como la del P. Nadal de 1563³⁴. En cambio, si la Compañía no fué una orden directamente antiprotestante, sí fué ya desde su fundación eminentemente misionera, en el sentido estricto de la palabra misión.

Ignacio funda una orden de tipo nuevo. Conserva de las antiguas los caracteres esenciales y la vida en común, pero suprime todo lo que podría ser obstáculo para la movilidad que su fin exigía. Los hijos de la Compañía habían de formar un monasterio invisible; podrían estar dispersos en las más variadas regiones, sin que por ello carecieran de unidad. El vínculo que los había de unir más que cualquier hábito externo tenía que ser la obediencia, como elemento supremo de cohesión y eficacia, en el que S. Ignacio no querrá ceder la ventaja a nadie. La pobreza se mantiene inalterable y estricta.

Fundada apenas la Compañía, empieza a desarrollar su programa con una infusión de gracia apostólica comparable al franciscanismo primitivo y a los hechos de los apóstoles. Los primeros ministerios de los jesuítas muestran bien el fin de la Compañía. El Papa los manda a diversas ciudades y regiones, y es maravilloso leer las primeras cartas que escriben. Broet y Rodrigues son enviados a Sena para la reforma de un monasterio; Fabro y Láinez a Parma, y éste después a Piacenza y Reggio Emilia; Jayo a Bagnoregio, Brescia y Faenza, Bobadilla a Bisignano. Muy pronto el rey Juan III de Portugal tiene noticia de este nuevo escuadrón de apóstoles y pide seis de los diez que son para la evangelización de la India. Ignacio cede inmediatamente a este llamamiento misional, en la medida de sus disponibilidades, y manda a la India a Javier y a Simón Rodrigues a Portugal. Tampoco los otros permanecen mucho tiempo en Italia. Fabro, en un continuo peregrinar, recorre las ciudades de Alemania, España y Portugal. Bobadilla trabaja también intensamente en Alemania, acudiendo a las dietas imperiales, predicando y confesando en la corte y enseñando en las Universidades. Pascasio Broet y Salmerón son enviados a Irlanda en calidad de nuncios apostólicos; Láinez recorre Venecia, Padua, Brescia, y luego, con Salmerón, descuella por su sabiduría en el concilio de Trento.

Es tal la movilidad de estos apóstoles, que ni siquiera pueden reunirse todos para elegir al General o para redactar el código por el que se ha de regir la nueva Orden.

³⁴ Publicada en FN II, 219-280.

Ignacio sólo permanece fijo en Roma en su puesto de mando, y desde la elección al generalato apenas se ausenta de la ciudad. Desde allí rige los movimientos de sus compañeros y de los nuevos jesuitas que poco a poco van engrosando las filas de la nueva Orden. Más de siete mil cartas suyas se nos han conservado, las más de ellas destinadas a ordenar y coordinar las actividades apostólicas de sus súbditos. Allí se ocupa de la redacción de las Constituciones que le absorben un tiempo considerable, ya desde 1544, pero principalmente desde 1547 a 1551, en que las da por terminadas. Pero su celo no se limita a los papeles de fundador y legislador. El mismo realiza personalmente todas las obras de celo que están en sus manos en la ciudad de Roma. S. Ignacio merece ser considerado como uno de los grandes apóstoles de la ciudad de Roma, aun cuando su obra no haya alcanzado la popularidad de la de un S. Felipe Neri. Apenas es posible imaginar necesidad espiritual o material a la que no extienda su celo. Sin hablar de sus lecciones de catecismo y de su predicación en la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, para evitar la corrupción de las costumbres instituye la Obra de Santa Marta para la reducción de las mujeres arrepentidas. Abre otro asilo para las doncellas en peligro, funda casas para los huérfanos y huérfanas, se interesa por los catecúmenos convertidos del judaísmo, removiendo todos los obstáculos que pudieran dificultar su paso a la iglesia católica, se interesa por la asistencia espiritual a los moribundos, impulsa el desarrollo de la inquisición en Roma, finalmente socorre a los pobres en un período de gran carestía.

Pero entre todas las obras fundadas en Roma, dos hubo que reclamaron sus principales desvelos, y cuya permanencia hasta nuestros días revela como tal vez ninguna otra la clarividencia de aquel varón apostólico: son el colegio Romano y el colegio Germánico.

Ignacio piensa bien pronto en el problema de la educación de la juventud; por eso se decide a abrir ya en 1551 el colegio Romano, al principio con solas clases de gramática y humanidad, pero ya, a los dos años, con estudios de filosofía y teología, y con facultad para conferir grados académicos. Humilde a los principios, aquella planta se desarrolla poco a poco poderosa hasta mover el entusiasmo de los Papas, sobre todo de Gregorio XIII, que dota al Colegio Romano de una sede imponente, y lo convierte en la Universidad Gregoriana, donde actualmente se educan más de dos mil candidatos al sacerdocio, procedentes de las más variadas naciones.

El Colegio Germánico tiene un fin decididamente antiprotestante. Ignacio y su principal colaborador en aquella fundación, el cardenal Morone, ven los estragos que causa la herejía en Alemania y se dan cuenta de que el mejor remedio para combatir el protestantismo es formar operarios apostólicos debidamente preparados y formados en el espíritu netamente eclesiástico junto a la silla de S. Pedro. De

este deseo deriva una fundación que desde los tiempos de S. Ignacio hasta nuestros días ha dado a la Iglesia de Alemania una verdadera legión de pastores eminentes.

Junto con los colegios fundados en Roma, otros surgen en Europa y aun en la misma India. En un principio se piensa solamente en colegios destinados a los jóvenes que desean ser alistados en las filas de la Compañía. No podía pensarse que los nuevos jesuitas fuesen siempre personas completamente formadas. La necesidad de reclutamiento hacía indispensable la admisión de jóvenes de esperanzas, y para su formación eran necesarios los colegios. La necesidad de proveer a su sustentación movió a S. Ignacio a mitigar la pobreza por lo que se refiere a los colegios de la Compañía. Pero, poco a poco, los colegios se van abriendo también a los alumnos seculares, con normas y reglas propias. La Compañía se va convirtiendo cada vez más en una Orden docente. A la muerte de S. Ignacio, sobre un centenar de casas de la Compañía, más de un tercio son colegios.

★ ★ ★

S. Ignacio dijo repetidas veces que había deseado tres cosas antes de morir: la primera ver confirmada la Compañía; la segunda ver asimismo confirmados y aprobados por el Papa los Ejercicios; la tercera ver terminadas las Constituciones. Si lo que deseamos es lo que amamos, resulta claro que los tres grandes amores de S. Ignacio fueron la Compañía, los Ejercicios y las Constituciones. Fueron en realidad su grande obra. Cuando sus hijos vieron que había alcanzado aquellas tres cosas tuvieron el presentimiento de que su fin se acercaba. Entonces le instaron, sobre todo el P. Nadal, para que, a modo de testamento, dictase sus memorias, y él, después de largas deliberaciones, se indujo a hacerlo. Creían aquellos hombres que la vida de Ignacio era el fundamento de la Compañía, y que por ello el referir su vida era tanto como fundar verdaderamente la Compañía, como, con frase audaz, dijo el P. Nadal. En realidad era así, porque, según frase del mismo S. Ignacio, cuando Dios escoge a uno por fundador de una religión, le lleva por aquellos caminos por los que quiere que después anden sus hijos. En la vida de Ignacio se contenía en germen todo el modo de ser y toda la actividad de la futura Compañía. El había de ser el ejemplar, como había sido el autor. Por eso sus hijos celebran con conmovida emoción el cuarto centenario de su tránsito, por eso los amigos de la Compañía se asocian a los actos de homenaje a este gran santo español, porque honrando al santo, honran a la Compañía.

Cuando al amanecer del 31 de julio de 1556, en una humilde habitación situada a los pies del Capitolio, S. Ignacio entregaba su alma al Creador con la muerte humilde de los hombres grandes, pudo

tener la convicción y el consuelo de que su obra quedaba firmemente consolidada. Sus hijos eran alrededor de un millar, repartidos en un centenar de casas y divididos en once Provincias. Las obras de la Compañía eran de las más variadas, desde las misiones entre infieles en el Oriente o en las tierras occidentales del Brasil hasta la labor callada pero penetrante desarrollada por tantos y tantos maestros en los colegios de la Compañía. Mientras los más eminentes por su saber descollaban en las cátedras universitarias y aun en el mismo Concilio, otros peregrinaban por los caminos de Europa, difundiendo por todas partes la palabra de Dios. Amada por muchos, pero odiada por otros, la Compañía llevó ya desde los tiempos de su fundador el sello de la contradicción. No podía faltarle, y el mismo Ignacio se gloraba de ello, pensando que con las persecuciones se confirmaba la Compañía y se asemejaba más a la imagen de Jesucristo.

Si quisiéramos ver en una imagen plástica lo que fué la obra de S. Ignacio, no tendríamos más que contemplar la estupenda bóveda del templo dedicado en Roma a San Ignacio por la munificencia del cardenal Ludovisi.

En esta maravillosa obra de perspectiva, el ojo profano ve simbolizada la glorificación de S. Ignacio; pero, no era así, porque Ignacio no buscó su gloria, sino la gloria de Dios. En aquella soberbia pintura se representa más bien el apostolado de S. Ignacio en el mundo, conforme al plan que su mismo autor, el humilde Hermano Coadjutor Andrea Pozzo, describió en una carta al Príncipe Antonio de Liechtenstein, embajador imperial en Roma, el año de 1694. Publicamos al final el texto de la carta.

La penetración del artista y el afecto enamorado del hijo supieron llegar hasta el fondo de la idea animadora de S. Ignacio en su obra apostólica. Jesucristo, en el centro de la creación, lanza de su pecho un rayo hacia el corazón de Ignacio, y de éste se deriva a las cuatro partes del mundo entonces conocidas, simbolizadas en los cuatro ángulos de la bóveda. Aquella luz, que es al mismo tiempo calor, tiene el poder de lanzar los monstruos de la herejía y de la infidelidad, y es como semilla de todas las virtudes, con las cuales se ve subir al cielo una mies bienaventurada de almas santificadas. Tal había sido la aspiración suprema de S. Ignacio: para gloria de Dios y bajo la bandera de Jesucristo, contribuir lo más posible a la salvación del mundo.

CÁNDIDO DE DALMASES, S. I.

CARTA DEL HERMANO ANDREA POZZO AL PRINCIPE ANTONIO
DE LIECHSTENSTEIN, EMBAJADOR IMPERIAL EN ROMA

(Traducción del italiano)

El honor con que Vuestra Excelencia se ha dignado embellecer y adornar mis humildes trabajos, no sólo con el deseo de contemplarlos, sino también tomándose la molestia de subir a los andamios para verlos cuando aún no estaban bien terminados, y la afectuosa insistencia con que ha manifestado que deseaba ver por escrito el significado de toda la obra, han forzado mi respetuosísima servidumbre hacia Vuestra Señoría, a extender una sucinta noticia de cuanto yo me propuse expresar con el pincel en la bóveda del templo de San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús.

La idea que tuve al formar este proyecto me vino de aquellas palabras sagradas «ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendantur», aplicadas por la santa Iglesia a San Ignacio, como a instrumento de una tan grande obra, habiendo sido él celosísimo de propagar la religión católica y la luz del Evangelio por todo el mundo, sirviéndose para ello de la cooperación de sus compañeros e hijos, a los que frecuentemente incitaba con aquellas célebres palabras: Id, encended e inflamad todas las cosas.

Pero, porque todo fuego y toda luz celestial conviene que provengan del Padre de las luces, por eso en el centro de la bóveda pinté una imagen de Jesús, el cual comunica un rayo de luz al corazón de Ignacio, de donde se transmite a los ángulos más ocultos de las cuatro impostas de la bóveda. Estas, embestidas por una luz tan poderosa, están en acto de lanzar de sí los deformísimos monstruos o de la idolatría o de la herejía o de otros vicios que antes las dominaban, gozándose de aquellos cepos y de aquellas cadenas, con los que estaban envueltos.

Exterminados los vicios y fecundadas con esta luz divina, como con una semilla de todas las virtudes, las cuatro partes del mundo, se transmite desde ellas al cielo una mies bienaventurada de almas santificadas, que mediante el cultivo de muchos incansables operarios, o de la infidelidad pasaron a la fe, o de una fe muerta por la perversidad de las costumbres retornaron a la gracia. El primero de estos incansables operarios es el apóstol de las Indias, San Francisco Javier, al cual vemos guiar al cielo desde el Asia una gran legión de convertidos. Lo mismo se ve operado por otros de la Compañía de Jesús en Europa, en Africa y en América.

Cuál fuese el fin del Altísimo al participar a Ignacio una luz tan copiosa lo verá bien expresado el que note que del mismo corazón del Redentor salta otro rayo, que, dirigiéndose a un escudo, en el que se ve impreso el nombre de Jesús, lo corona de luz, significándose con esto que, teniendo el Redentor por blanco la gloria de su nombre, quiso honrar a Ignacio; mientras todos los pensamientos, todos los afectos, todas las obras de Ignacio no tendían a otro fin más que a la mayor gloria de Dios.

Vense después, en los dos extremos de la bóveda, los dos medios más eficaces, de los cuales se sirvió Ignacio con sus hijos para la conversión del mundo: el primero fué el amor de Dios, expresado en aquellas llamas vivas, con las que los ángeles tutelares de las provincias y de los reinos ablandan los corazones duros y pertinaces por la infidelidad y robustecen los muelles y débiles por la impureza de las costumbres. El segundo medio fué el temor de los divinos castigos, que yo figuré en la otra extremidad de la bóveda, en el cual se ve otra llama, del todo diferente de la primera, en la que se fraguan rayos y saetas, con las que los ángeles exterminadores amenazan con muerte y ruina a aquellos perversos que son pertinazmente

rebeldes, o a la luz de la fe o al calor de la gracia. Mas, porque los mismos castigos son muchas veces remedio a la culpa, y extinguen en nosotros el ardor de los afectos terrenos para encender los celestiales, por eso me pareció representar este pensamiento en aquel ángel que con una mano sostiene en alto una antorcha, y con la otra echa agua en un fuego tenebroso y oscuro encendido en el suelo.

El cuerpo que encierra en sí tan variadas figuras es una artificiosa arquitectura en perspectiva, que sirve de campo a toda la obra. Habiendo sido la mía pintada según las reglas de tal arte, en el medio del templo, más que desde otro sitio, se contempla mejor. La idea de una tal perspectiva queda consignada en gran parte en mi libro de Arquitectura y Perspectiva, recibido con especial complacencia por el peritísimo juicio de Vuestra Excelencia. Compadezca Vuestra Excelencia estos rudísimos trazos de mi pluma, en nada semejantes de los de mi pincel, acordándose de aquel humildísimo obsequio con el cual le ofrezco y dedico, junto con estos mis pobres sudores, también a mí mismo.

De V. E. devotísimo y obligadísimo siervo,

ANDREA POZZO,
de la Compañía de Jesús

Roma, 1694.